SARTAL DE CUENTOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ES PROPIEDAD

Biblioteca «PATRIA» de obras premiadas.—Tomo XXXII.

SARTAL DE CUENTOS

DE

CARLOS MARIA OCANTOS

ILUSTRACIONES DE LUIS PALAO

(PRIMERA SERIE FUERA DE CONCURSO)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

OFICINAS:
PASEO DEL PRADO, 30, ENTRESUELO
MADRID

Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falaz y un corazón perverso, los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos, tanto ó más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.—BAILLET.

AL QUE LEYERE

Los cuentos que hoy se escriben, generalmente, son episodios de la vida real, escenas sueltas de familia, esbozos de caracteres, siluetas de personajes, con la brevedad y premura trazados que consiente el género. No juega en ellos la imaginación el papel principal, ni pone la filosofía el adobo conveniente y necesario. Pues bien: para mí, éstos no son cuentos. Son novelas, simplemente. Novelas cortas; novelas comprimidas; novelas homeopáticas, pero novelas, ni más ni menos.

A mi entender, salvo el juicio de los doctos, los cuentos son ó deben ser moralejas en acción, con su grano filosófico de condimento y la sal y la pimienta que la amenidad exije, Perrault ampliado diestramente para el uso, enseñanza, castigo, premio y regocijo de las personas mayores.

Si me equivoco, la crítica y el público juzgarán y á su fallo me someto desde luego.

Carlos María Ocantos.

PASILLO INFERNAL

Los dos poetas, aquel altísimo á quien la humana gente ha honrado cual semidios latino, y el otro egregio de Florencia, el de la caperuza con rojas orejeras y sotana monacal, el de la nariz de gancho y barbilla en punta, de vieja comadre fisgona y parlanchina; los dos coronados por el laurel siempre verde de la inmortalidad, salían de la ciudad doliente, donde es vana toda esperanza, y por la escarpada roca que circunda el horrible valle, subían hacia las estrellas. Todo negror en torno, resonaba el aire con los gritos y lamentos de los condenados, y ambas sombras augustas, la de la túnica blanca y la de la roja sotana, se paraban doloridas á escucharlos: ya volviendo los llorosos ojos á la sima en cuyo fondo las pasiones y miserias, los pecados matadores del alma se abrasaban en su propio

fuego; ora sobre el borde inclinándose con espanto y amargura.

—Oh! maestro—exclamó Alighieri—cuánto me entristece este espectáculo del dolor que no tiene consuelo, de la desgracia que no halla remedio, de la muerte sin resurrección! y cuánto me tarda volver á ver aquella que es toda luz y toda gracia!

—Poco falta;—contestó el mantuano—mira cómo de aquel lado alborea ya el nuevo dia.

Volvió atrás la cabeza el florentino y no vió, como esperaba, surgir á la risueña aurora sobre la cresta del monte envuelta en sus luminosos cendales. Tal como al niño el ansia del deseo enceguece y lo que cerca tiene antes que percibirlo, toca con las manos anhelantes, así Alighieri lo que era resplandor de aquel foco de luz hacia el cual caminaba, no pudo distinguir, y en su guía clavó los ojos desengañados.

—Oh! maestro—dijo—¿por qué no veo yo lo que tú ves? ciego estoy ó maldito, pues el anunciado día no brilla para mí.

Y repuso Virgilio:

— Del lado aquel levantádose há una nube negra y espesa que la oculta, pero pronto habrá de desvanecerse y entonces lucirá la mañana de redención.

—Y qué nube es esa, maestro?

Calló el de Mántua y los dos poetas, en lo alto del precipicio, inmóviles, halláronse, de pronto, rodeados de oscuros y nauseabundos vapores, los miasmas todos y productos de la universal chamusquina, tufo insoportable y asfixiante. Tal cual llamarada, aquí, allí, en lo más hondo, rasgaba de vez en cuando el espesor de la noche eterna. Los infernales círculos habían concluído y el eco gemebundo llegaba como el del viento que entre los sauces se queja; mas, sin embargo, por un girón de la nube en cuyo seno se encontraban y al refulgir del incendio lejano, alcanzaron ambos á ver cómo, mónstruo que abre las fauces y vomita cuanto ha engullido, de la horrible boca de una caverna, al pie del monte situada, salía larga y dolorosa hilera de condenados, hombres y mujeres, desnudos todos y en las manos utensilios humildes de uso casero que, si en apariencia pesaban poco, mucho debían de pesar por lo agobiados y sudorosos que sus portadores se mostraban. Seguíanles y azuzábanles, con gritos y largos tenedores de ofensivas puntas, una legión de luciferes de la peor calaña, que no daban golpe en vago ni paz á la garra en lo de empujarles, maltratarles y herirles, y co-

mo eran tantos, á modo de enjambre de mosquitos, cada uno llevaba sobre sí cientos de ellos que por todas partes y dó más pecado habían se encarnizaban cruelmente en hincarles las horquillas.

Todos aquellos desgraciados traían la mano derecha sin pellejo, hombres y mujeres, hasta el codo, y la piel arrancada con sus uñas y sangrando colgada del cuello, guante espantoso y jamás visto. Traían, además; sobre la frente estampada una S de fuego, culebrilla luminosa que era, sin duda, marca infamante... Y el que los capitaneaba parecía el más grande de los demonios, un diablón de siete suelas, todo verde, como un lagarto, moviéndose y revolviéndose sin cesar tras de los rezagados y metiéndoles con saña, ya la horquilla, ya los cuernos.

—Quiénes son, ¡oh maestro!—exclamó el Dante—esos que así son llevados? que pecado cometieron y adonde se les conduce? no recuerdo haberlos visto en ninguno de los círculos que acabamos de visitar. Por qué se les separa de los otros y á qué se les condena?

Y Virgilio respondió:

—Espera.

Muy cerca de ellos estaba ya la triste procesión, tanto que podía distinguirse las facciones de muchos de los desventurados, muy bastas todas y como de gente que en su vida pasó por ordinaria y no gozó de aristocráticas preeminencias, vale decir que, en general, no siendo la hermosura y la gallardía dotes exclusivos de los de sangre azul, ni mucho menos, no su mayor ó menor fealdad, sino el estigma de la cuna dejaba adivinar que eran siervos los más ó todos ellos, hechos á soportar el yugo del amo, pero tan lúcios, tan gordos, que debían de ser criados de casa grande ó grandemente hubieron de jamar donde sirvieron.

Con blanda y dulce voz pidió el de Mántua al diablo verde que le dijera hacia dónde iba y adónde llevaba aquella caterva de miserables; y como los ojos del demonio disfrutan del gatuno privilegio de ver en la obscuridad, de seguida descubrió á las dos sombras entre la nube negra el luciferino capitán, y plantando su horquilla en tierra mandó que se detuvieran todos.

—Qué quién es esta gentecilla y adónde la llevo?—dijo el diablo verde con miedoso tronar de la voz—sabed ¡oh almas curiosas, vagabundas y entrometidas! que estos son los cofrades de la santa Sisa, y así ostenta cada uno en la frente la ese vergon

zosa en carácter de fuego; la canalla servilona y maleante, la turba lacayuna y de baja estofa, que hace del abuso de confianza una religión y en los secretos y en la bolsa del amo mete las uñas y la lengua, y de todo aprovecha y todo lo divulga y es quien prepara las semillas de la calumnia; polilla del hogar, perro que come el pan y muerde la mano que se lo da. Así también, fijaos cómo cuelgan de sus cuellos esos risibles escapularios, la piel de la mano ladrona, y cómo el emblema de su oficio es de hierro, pesando tantas libras como céntimos á su dueño se hurtaron; fijaos, por último, ¡oh almas prontas para la irreflexiva piedad! lo bien mantenidos que están todos. Este de la cara de luna y que parece cura, no era cura, sino cochero de un duque y las dos terceras partes del grano que dar debía á los caballos se los comía en cuartos; estotro de la panza redonda era el cocinero de una marquesa, á quien sisaba sobre el salario otro tanto de compra y más de avíos; ésta de las que llaman doncellas y no lo son más que de nombre, servía á una cómica y en colorete y postizos sorbíale la cuenta entera; aquel, ayuda de cámara, hubiérale empeñado á su señor el resuello, si le dejan, y esta vieja de compunjida traza y la vecina pelona y sin

dientes y las que siguen, muchachas de los veinte á los treinta, cocineras fueron y pinchas, que empezaron sumando por los dedos y acabaron multiplicando por las uñas. Los otros, mozuelos sin vergüenza, del oficio sacaron los gajes que pudieron y cultivaron tan buenas relaciones con la probidad como yo mismo... Miradles qué resignados van y sumisos! ea, andando, gentuza sisona, que el mucho hablar me quita de zurraros como deseo y más gana tengo de dar gusto á la mano que á la lengua.

—Feo pecado es el suyo—observó el Dante condolido—mas infiero que entre el pecado y la pena, gran desproporción existe.

—No tanta—contestó el diablo—y ojalá en mis reinos quedaran por toda la eternidad, que eso merecen y aún más.

—Pues qué, ¿no están condenados á infierno perpétuo?—preguntó el de Mántua.

—No lo están—respondió el verdoso satanás—sino á pasar por este camino que va del infierno al purgatorio, camino que en recorrer tardaremos dos mil y pico de años. Nosotros recibimos la misión de escoltarlos hasta las puertas del recinto en que se redimirán, si pueden, y cómo la cumplimos ya lo veis... y basta, almas preguntonas. Ea, andando, digo!

A todo esto, los desventurados gemían sordamente, vencidos bajo el peso de sus

culpas y de la carga. Diéronles buen golpe de horquillazos los demonios y el dolor les arrancó sendos gritos, que de peña en peña

resonaron con eco siniestro, continuando su marcha la columna y ocultándoles la negra nube piadosamente.

—Sigamos, ¡oh maestro!—exclamó el florentino con angustia—es aquella la luz? vamos á la luz!

—Vamos—contestó dulcemente Virgilio.

Y los dos poetas, el de la túnica blanca y el de la roja sotana, los dos coronados por el laurel siempre verde de la inmortalidad, subieron hacia las estrellas.

GLORIA

DABA la ventana del sabio á un patinillo húmedo y sucio, que no conoció jamás del sol la amorosa caricia, ni disfrutó de la escoba el saludable roce, y correspondía á un zaquizamí en el quinto piso de una casa demasiado alta para pobre y sobrado estrecha para tantos como bajo su techo se albergaban; ventana y patio y cuarto y casa que con el barrio se unían en armónico consorcio y servía todo ello de admirable marco al sabio, el cual era de tan miserable facha como el barrio, la casa, el cuarto, el patio y la ventana. Quiere el vulgo que los que con la ciencia ó la poesía mantienen sublime relación y distraidos en pláticas ultraterrenas por mirar hacia arriba, no ven donde ponen los pies, no han de ser ni limpios, ni corteses, sino desgreñados y huraños; y en verdad, el sa-

bio de mi cuento cortado estaba según el patrón común: su cabellera y su barba, de plata que á la vejez plugo otorgarle, aparecían con amarillez de azufre, porque jamás quisieron saber del agua otra cosa que es el equivalente de dos gases, y nunca el peine hurgó en ellas con sus púas higiénicas ni se conoció que el áspero utensilio, corrector de las demasías del polvo y de la grasa, interviniera en la operación de remediar las muchas faltas de su ropa y su sombrero. De palabras mostrábase tan escaso como de limpieza y en lo tocante á cumquibus la colonia de arañas, fábrica de tejidos instalada en los ángulos de la bohardilla, era fuente de riquezas y abundancia comparada con la exhausta de sus faltriqueras.

Muy pobre, pues, mi sabio y lastimosamente guarro, alimentábase del divino pan del espíritu y así andaba de consumido y derrotado. No se trataba con los vecinos, ignorábase que tuviera parientes, y de amigos, como la planta de la amistad necesita abono y riego abundantes, en el erial del sabio no asomó la cabeza ninguno jamás. Le acompañaban sólo sus pensamientos y sus libros, familia cariñosa que no le abandonaba nunca, lo mismo cuando sobre

su mesa de trabajo rastreaba ansioso las huellas de la verdad y en los espacios se mecía con aletazos de águila, que cuando en el bosque cercano, evitando el paso de la ciudad frívola y bulliciosa, por escondidos senderos discurría.

Cada mañana abría el sabio su ventana y hecho á mirar las cosas desde muy alto se complacía en posar los ojos sobre los tejados de las casas y las copas de los árboles. Puede decirse que era esta la única vez en el día que fijaba su atención en el mundo externo y del que llevaba dentro desertaba momentáneamente. No eran las galas primaverales de la ventana del lado lo que le atraía, sin duda, y en la que una bella flor humana á la misma hora entre sus macetas descollaba, ni el gorgeo de niños de más abajo, ni el parlar de dos novios de más allá... Era el deseo de ver si el pájaro negro andaba cerca, deseo pueril, ya supersticioso, ya de miedo inconfesable.

Solamente en una ocasión le había visto y le pareció negro, con trazas de mirlo y jaspeados de urraca, y en aquella ocasión entró por la ventana cerrada, le rozó la cara, volcó el tintero, aventó los papeles y escapó sin saber á punto fijo por dónde. Ya no le vió más, pero le sentía golpear en los

cristales, revolotear en la habitación, clavarle el pico en la frente, cual si robarle quisiera las ideas, y sobre el corazón hincarle las garras; levantaba la mano y le espantaba y el invisible avechucho huía cobarde, con menos ruido que el de una hoja volandera. Huía, para volver, de día ó de noche, despreciador de la luz, y tanto dió en visitarle que el sabio le creyó pegado á su retina, si despierto obscureciéndole la vista, si dormido cubriéndole de sombras el cerebro, entre los puntos de la pluma que guiaba sobre el papel y entre las hojas del libro que leía, obsesión contínua y terrible.

Y ocurrió que, del mucho estudio, del poco alimento, cayó el sabio en el delirio persecutorio y á poco tardar en el camastro mezquino de su tugurio y no pareció más por la ventana, ni por el bosque, ni en parte alguna, instalándose el misterioso pajarraco á su cabecera. Dieron la noticia de que enfermo estaba el sabio dos gorriones intrusos y muy pronto en la casa y en la ciudad se supo y la primera la bella flor humana del lado, los novios parleros y muchos, conmovidos, llegaron á la bohardilla trayendo remedios y consuelos. ¡El sabio estaba enfermo! el sabio se moría! aquél de

quien la fama pregonó la excelencia no haría ya sombra á nadie, árbol gigante, aserrado por el destino y que al caer estremece la selva toda. Tanto como le desdeñaron, sano, y le esquivaron, le rodeaban ahora, empujados por el picor de la conciencia, la bella flor humana, la primera, y los novios parleros y muchos más, hasta otros sabios que, por enemiga del oficio, no sabían de él sino el nombre.

Tendido en su camastro el hombre humilde, mirábales á todos silencioso. Y el que ninguno percibiera al negro pájaro, dueño insolente de la cabecera, causábale extrañeza dolorosa. ¿Sólo él podía verle y sólo á él perseguía? Nada contestaba, en tanto, á la solicitud de los desconocidos, prestando á cada uno,—fantasmagoría del delirio,—las trazas de mirlo y los jaspeados de urraca de su perseguidor. No era uno solo, eran muchos pájaros de negra apariencia y negrísimas intenciones los que en su torno aleteaban. La hiel de los desprecios sufridos sin queja, de la miseria soportada con resignación, asomaba por su boca y corría por las amarillas canas de su barba. Con esfuerzo volvíase el sabio: mirábanle los circunstantes, él miraba al pájaro y el pájaro á él le miraba.

Horas ó minutos pasarían así, que no había reloj que los contara, y lo que el sabio veía y no veían los demás, el pájaro negro, cada vez más cerca, cada vez más grande, sobre él tendía las alas de cuervo, ahogándole. Coger quiso el sabio, trabajosamente, el ave para espantarla, como solía, y no pudo, porque era impalpable y de sus dedos temblones se escapaba como nubecilla de vapor que se pretende aprisionar.

Entonces, sordamente murmuró el sabio:

—Te conozco ¡eres la Envidia!

Y aquella alma que en los espacios infinitos del misterio voló gallarda y sin desmayo, aniquilada, al fin, se entregó inerme al negro pájaro. Sus manos luchadoras se abatieron á lo largo del cuerpo enflaquecido y quedó sin vida el sabio sobre el camastro de su tugurio...

Antes que los que el lecho rodeaban se dieran cuenta del suceso, los dos gorriones noticieros, que en la misma ventana tropezaron con el alma del sabio, purísima paloma blanca, anunciaron á la ciudad la desgracia y se oyeron dobles de campana, mucho rodar de blasonados coches en la calle y por la escalera del zaquizamí, empinada y áspera como la cuesta de su vida, subieron tiesos personajes, que venían en nombre de la patria, señora desmemoriada, si las hay, á presentar sus homenajes al hijo predilecto de quien no se acordó mientras vivía.

Entraban y salían los tiesos personajes, doblaban las campanas, rodaban los coches y la casa mezquina parecía resplandecer como ascua de gloria. Y en torno de ios míseros despojos, la bella flor humana esparcía otras no tan bellas arrancadas de sus macetas y la piedad derramaba una lágrima para esmaltarlas.

—El sabio había muerto ¡gloria al sabio!

Quieto, como de piedra, á la cabecera seguía el pájaro negro. De aquella procesión del entusiasmo tardío; del coro de lisonjas que, en bocanadas de incienso, envolvían el cuerpo del sabio; de la multitud de coronas que, allí donde faltó siempre el sabroso fruto del trigo y que nadie aportó á su tiempo solícito, ni tiesos personajes, ni admiradores fieles, ocupaban todos los rincones, parecía burlarse, unas veces con parpadeo de los ojillos redondos, otras con sorde castañeteo del pico.

Pero, el hosana póstumo crecía, desbordándose, y el tugurio del sabio era cámara brillante y suntuosa. Lentamente, á salti-

tos, bajó el pájaro de la cabecera y observó á su perseguido. ¿Estaba muerto, bien muerto? Entonces, ya que no oía, ya que su alma no había de sentir el consuelo de la justicia, justicia le haría él también, pública, notoria, uniéndose al coro de la muchedumbre y de las campanas.

Y encrespando las plumas, muy hueco, con voz que no era de mirlo ni de urraca, sino de persona, y que nadie entendió porque era ininteligible, como invisible quien gritaba, repitió el pájaro:

—El sabio ha muerto! gloria al sabio!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

LA BARAJA

CANSADA de la perorata, cerró el pico la oradora, mientras en la sala estallaban gritos y aplausos que el alcohol enardecía; ella, una Luisa Michel de feria, enjuta, amojamada y desagradable, ajustaba, en tanto, el empinado zorongo y pedía con voz hombruna la copita de ajenjo... Poco á poco, el auditorio se calmaba; las manos revolvían fichas sobre el mármol de las mesas, los vasos se llenaban de nuevo, las pipas obscurecían la luz de los quinqués, y de aquel chaparrón de frases airadas parecía no quedar ya rastro, acostumbrados los oidos á la misma explosión de argumentos que la envidia, el despecho y la impotencia provocan en cerebros desequilibrados.

¡Hierro y dinamita contra el poderoso, el rico, el feliz! Destruyámoslo todo y sobre

estas ruinas reedifiquemos el mundo á nuestro paladar, guardando para nos la mejor parte. ¿Es justo que haya ricos y pobres? ¿que unos padezcan hambre, mientras otros se regodean? ¿que ande todo tan mal repartido, peor dispuesto y pésimamente administrado? ¡Venga una bomba, alcancen ustedes una tea, y viva la chamusquina! rociemos con sangre ajena esta tierra maldita, abonémosla con los cuerpos destrozados de los burgueses, y veremos brotar, como la hierba en los prados, el trigo, que no hemos sembrado; la fortuna, que no hemos trabajado; la felicidad, que no hemos cultivado. ¡Viva la anarquía! y arramblar con todo, dejándolo más raso que la palma de la mano. Lo que no nos dió la suerte, ni supo adquirirlo el ingenio, ni buscarlo el brazo robusto, ni merecerlo el corazón honrado, que la destrucción y la muerte nos lo faciliten. Tenemos ansia, no de justicia, sino de oro, de manjares, de placeres. Pronto sonará la hora del deseado gaudeamus. Entretanto, ¡guerra! de acechanza, de traición, en la sombra y por la espalda; atacar á la inocencia misma, herir á la propia debilidad, huir del esforzado y del esbirro; ¡como los ogros de las leyendas, alimentémonos de niños al natural y con sangre caliente apaguemos nuestra sed, que así, y no con teorías ñoñas, se regenera á la humanidad!...

Ahora la furia gustaba el venenoso licor, completamente calmada; de sus espasmos de pitonisa no quedábale más que el chispear de los ojillos felinos. Y mientras, apoyada en la improvisada tribuna, pantera en reposo, sobre los concurrentes esparcía la mirada observadora, un mocetón de la mesa más próxima la gritó:

—¡Bravo, abuela! ¡viva el amor libre!

Ella sonreía, mostrando las encías desdentadas, de mujer que ha mordido el fruto prohibido con gula mayor que en atiborrarse de ideas libertadoras; y respondiendo al convite de echar una mano de tute, bajó y se acercó á la mesa; hiciéronla sitio los tres hombres, y al mozo paliducho y de femenil aspecto que detrás del mostrador repasaba los vasos pidieron los naipes con voces y palmadas.

Pero, ya un nuevo orador ocupaba la tribuna y disparaba la gruesa artillería de amenazas, sarcasmos, invectivas é himnos de muerte: no más religión, no más clases, no más leyes, no más gobiernos... El rumor de fichas se acallaba, por escuchar mejor el palabreo epiléptico del poseso; algunos des-

confiados, sin perder sílaba, echaban hacia la puerta ojeadas vigilantes, prontos á dar la señal convenida si acaso la autoridad mostraba la punta de la nariz. El efebo de la taberna, Ganimedes con pantalones estrechos y mandil de lienzo muy ceñido, los ojazos socavados por viciosas ojeras, de mesa en mesa se escurría sirviendo á los parroquianos, y entre pellizcos, chanzas y cuchufletas, escanciaba los mil menjurjes que la intemperancia ha inventado; de modo que, por boca, narices y oidos, con los licores, el tufo y los discursos, los concurrentes á la sentina envenenaban el cuerpo y el alma.

Las voces de los tres compañeros atrajeron al mozalbete á la mesa en que la furia apuraba las heces del ajenjo, y cumplió el reiterado pedido entregando el mazo de cartas; quiso escapar luego, pero uno de ellos, que en un periquete verificado había la cuenta de la sobada baraja, le retuvo por la manga:

—Oye, pimpollo, no está completa, ¿sabes?

—Pués, ¿qué falta?—dijo él plantando la servilleta bajo el sobaco.

—Poca cosa, hijo; las cartas principales, nada más.

El joven enarboló la servilleta como un pendón, é imponiendo gravedad á su voz de tiple, contestó:

—¡Como que es una baraja anarquista!...

Y el jovenzuelo se inclinó sobre los tres hombres y la furia, que le interrogaban.

—¡Claro está! — repuso, — una baraja anarquista! ¿qué cartas son las que faltan? los ases, los reyes y los caballeros, los representantes del poder y del dinero, los opresores, los tiranos, los verdugos del pueblo; esta mañana les he cortado la cabeza de cartón; ¡día vendrá en que lo haremos en carne viva!... no he dejado sino los peones, los que nos representan á nosotros, ¡los oprimidos! ¿qué tal? ¿no es esto lo que vosotros enseñais? mejor discípulo que yo... ¡A mí con señorones y prerrogativas?

Fuese, llamado por el repiqne de una cucharilla, y los tres hombres y la vieja se miraban, preocupados y corridos.

—El caso es que no podemos jugar—dijo uno.

—Claro, sin ases...—observó el otro.

—Y sin reyes ni caballeros...—advirtió el tercero.

La mujer, afirmando el zorongo, dijo al fin entre las encías, que no entre dientes, porque no los tenía:

—¡Una baraja incompleta! ¡qué tute ni qué cuerno!

No pidieron otra, sin embargo. El orador seguía aullando, voltejeando el efebo en torno de las mesas, las manos revolviendo fichas y los ojos vigilando las puertas... Pero la furia y sus tres compañeros no chistaban, ni parecían ver ó escuchar siquiera. ¡Acaso, en el fondo de la negra conciencia la razón les murmuraba que si no se puede echar una mano de tute sin ases, reyes y caballeros, sin religión, sin ley y sin gobierno es también imposible el concierto de las sociedades!

SOR POLI

AFLIGIDÍSIMA estaba sor Policarpa de la Santísima Sábana, la hermosa Esclava de la Divina Faz, precisamente por eso, porque era hermosa y parecerle este don satánico y fuente de perdición. Tanto como á la limpieza de su alma cándida, al desbrozar de los pensamientos é intenciones, á la higienc espiritual en que había de recrearse el Esposo amado, azucena viviente, cuidaba sor Poli de afearse para que en sus menesteres de monjita andariega por esas calles de Dios no la miraran los hombres y si la miraban, sin respeto al santo hábito, no hallaran en ella cosa alguna que encendiera su malignidad. Muy fácilmente escondía el busto y el talle en los pliegues del manto; las blanquísimas manos en las anchas bocamangas; los pies en los burdos zapatones, pero la cara... ¿qué hacer de sus

ojos negros, espléndidos? cómo esconder la fina nariz, la boquita graciosa? de qué manera borrar el color nacarado y la suavidad de la piel? Orlada por los blancos cañones de su gorra almidonada, la cara de sor Poli semejaba exquisita labor de un miniaturista del siglo XVIII, beldad aristocrática que gustó de retratarse con las galas del monjío.

Ay! afligidísima estaba sor Policarpa de la Santísima Sábana. Y envidiaba la suerte de sor Rudecinda, de sor Mariana, de sor Natividad, compañeras suyas de claustro, que tenian la tez de cuero amarillo, ó las narices de trompeta ó la bocaza de espuerta, santas mujeres libres de la preocupación de aquel espantoso peligro en que ella se veía: el de inducir al pecado, siquiera fuese mental, á las almas distraidas ó poco temerosas con quienes tropezaba en su camino.

Ni su confesor, ni la madre Superiora pudieron con sus sabios consejos tranquilizarla; y así, unas veces valiéndose de un largo alfiler se arañaba la mejilla, otras provocaba cruelmente una ampolla por medio de candente hierro y otras restregaba con pimienta los párpados para que le manaran los ojos y pasara por tuerta, ya que si se los arrancaba, como santa Lucía, no

podría servir al convento en sus correrías limosneras.

Pero, tuerta, arañada y todo, su hermosura era tanta que trascendía por donde iba, perfume revelador tras del cual osaban seguir miradas concupiscentes y perversas. La esclavita sentía el fuego del pecado abrasarle la cara, cual si tuviera cerca los tizones infernales y rezando, los bonitos dientes apretados por el terror, andaba, volaba, de calle en calle, de casa en casa, arrastrando la vista por el suelo hasta llegar al convento en que la alzaba para saludarle con alborozo, muro salvador de su inocencia, llenas las manos antes de escrúpulos que de limosnas. Y postrada ante el ara sacra decía al Esposo amado:

—Señor! no es mi voluntad, es esta cara que me habeis dado. Ella es señuelo del vicio que me persigue y cuanto más hago por afearla, más bella parece al pecado y más provocativa. Por qué no me mandais ¡oh Señor! unas horribles viruelas que me desfiguren ó un asqueroso cáncer que me coma media nariz y la mejilla entera? por qué no me cubrís de lepra y de costras repugnantes? así al menos, Señor, nadie me mirará y todos de mí se apartarían.

Lloraba sor Poli amargamente, pegados

los labios á las baldosas, puestos los brazos en cruz; y á todo esto nada respondía el Esposo, inmóvil en su hornacina dorada.

Un día ¡ay! un día, un hombre que, sin duda, era el mismo demonio, aunque no asomara el rabo por bajo del gabán, la siguió tenazmente en toda su caminata, esperándola en los portales, plantándose en las esquinas, taconeando detrás de ella hasta la puerta del convento donde debió darse de hocicos con el santo emblema bajo cuya protección moraban las místicas esclavas, porque no pasó del umbral ni intentó pasar siquiera. Y al día siguiente y al otro y al otro el hombre del gabán, el apuesto demonio, la acompañó también con igual tenacidad y con igual taconeo... Lo raro fué que sor Rudecinda, sor Mariana y sor Natividad, á quienes tocó ir con ella en estos dolorosos días de prueba, si miraban al perseguidor hacíanle desaparecer; sólo la infeliz sor Poli, presa de espantosa aflicción, de invencible terror, le veía y le oía de contínuo, aun fulminándole con sus bellos ojos indignados y expresivos.

Ni ella ni sus compañeras nada quisieron decir para que no las motejaran de visionarias ó aprensivas; y el medio que halló sor Poli como el más seguro de ahuyentar á su

enemigo fué darse un corte atroz con un vidrio desde el ojo derecho hasta la comisura del labio: así debía estar feísima y aquel mal hombre no podría por menos que desengañarse y dejarla en paz. Pero, ó el tajo no la afeaba tanto ó el maldito se cuidó muy poco del accidente ó gustaba más de ella con el surco sangriento, que era como la veta purpúrea que de ciertos mármoles jaspea la blancura, porque, en la misma forma que los días anteriores, anduvo su perseguidor tras de su hábito. Loca de angustia, sor Poli contó lo que la ocurría al padre Genaro, su confesor, y á la madre Superiora; é interrogadas cuantas hermanas en aquellos días acompañaron á la monjita, se resolvió, sabia medida de prudencia, que no saliera más á la calle y se entretuviera en otros menesteres caseros y de suma diligencia, con lo que ella se tranquilizó y se tuvo por sana y salva.

Situado el convento de la Divina Faz en las afueras de la población, cercado aparecía de una tapia maciza y muy alta, erizada de agudas púas de hierro; todo el ventanaje, de hierro era también, con tupidas celosías, y las puertas tan bien defendidas con cerraduras y trancas, que allí no entraba sin permiso más que la luz y el aire.

Como no fueran las ánimas, hendiendo con sus cuerpos impalpables las paredes, ningún bicho viviente, sin el pase de la madre Superiora, tenía acceso á la santa casa.

Pues, una tarde que subía sor Poli al coro á cantar el *Flos*, descubrió acurrucado en el sitial penúltimo de la izquierda á su perseguidor con su gabán y todo. Dió un ala-

rido la esclavita y se vino al suelo, imagen de piedra que cae ruidosamente de su peana...

Cómo y por qué arte diabólico pudo llegar hasta la escalera del coro el mal hombre? escondiéndose en la iglesia? tal vez, descuido del sacristán, á quien la madre regañaría seguramente. Auxiliada sor Poli y repuesta del susto, se admiraba luego de no verle allí, de tal manera que en el mismo penúltimo sitial de la izquierda estuvo sentada valientemente todo el tiempo sor Mariana, haciendo sonar la trompeta de sus narices á cada párrafo de la letanía.

El bueno del sacristán, que en esto de las visiones de las monjas no tenía arte ni parte, por supuesto, cobró un regaño de madre y muy señora mía; se reforzaron trancas y cerrojos, kiries y rosarios y sor Poli ayunó tres días y se pasara la vida á pan y agua si se lo consintieran. Pero, ni cerrojos, ni oraciones, ni los exorcismos del padre Genaro, que, hisopo en mano, roció todo el convento, evitó que la temerosa visión masculina se mostrara en claustros y celdas, en la iglesia y en la huerta, ya taconeando sobre las losas, ya en los aires haciendo volatines á caballo sobre la veleta de la torre. La alarma, el escándalo, la

aflicción se apoderaron del asustadizo rebaño monjil y desde la Superiora hasta la tornera sentían flaquear el ánimo apenas anochecía, las jóvenes sobre todo, que eran ellas las más perseguidas y con más saña conturbadas.

Blanca como un lirio celestial, sor Poli, humillada ante el ara sacra, rogaba fervorosamente al Esposo:

—Aparta ¡oh Señor! de nosotras, de tus humildísimas esclavas, esta calamidad. Castiga en ésta que aquí postrada ves, la más indigna de todas, el pecado de ser hermosa y caiga sobre esta cara provocadora el bofetón ejemplar que ha merecido de tu diestra justiciera.

Y en la iglesia vacía, que tal cual cirio alumbraba sepulcralmente, se oyó una gran voz que parecía bajar de la hornacina dorada como si fuera el Esposo el que hablaba:

—Oh inocente, oh ingénua, oh boba esclava mía!—pronunció la voz sobrenatural —en qué cabeza, que no sea la de una paloma sin hiel, puede caber que esta revolución se debe tan sólo á los atractivos de una cara bonita? no es tu cara, no es tu hermosura pasajera: es la juventud, es el sexo, es la carne, hecha para crear la vida y que se

resiste y subleva ante la inacción y la muerte. Y si la vida material es lucha ¿no ha de serlo la conquista de mi Reino? y si todo sacrificio para mí es agradable ¿no he de tenerlo por heróico el que pasees tu hermosura entre las llamas del peligro y no te quemes y el que con ella pases por el lodo y no la manches? Serías, acaso, más digna del prometido Paraiso si, fea y sin encantos, encerrada estuvieras en fortaleza inaccesible, aislada del mundo y de toda tentación? qué habrías hecho en mi holocausto? contra quién habrías luchado? qué resistencias y flaquezas habrías vencido para perfeccionarte y espiritualizarte? ¡Oh inocente, oh ingénua, oh boba esclava mía! toma tu cara, que es tu cruz, torna á esas calles y no temas, mujer de poca fé!

Dicen unos que á sor Poli la hallaron muerta al pie de la hornacina, la cara toda negra, como chamuscada; otros que fué al pie de la torre, adonde cayó de una ventana huyendo de su perseguidor y estaba hecha pedazos, sin duda porque para sacarla el alma hubo que partirla como una nuez para coger el sabroso fruto: pero estas son consejas sin fundamento. A mí me consta, por haberlo comprobado en los archivos de la Divina Faz, que sor Policarpa de la San-